Tanto nadar para morir en la orilla

Autor: Leonardo Javier Alassia

Fecha: Junio de 2025

Version original en castellano

Tanto nadar para morir en la orilla © 2025 by Leonardo Javier Alassia is licensed under Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International. To view a copy of this license, visit https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

Prólogo:

Este cuento no puedo decir que sea propio.

La frase es conocida en Argentina, pero no recuerdo que tuviese una historia detrás, asi que decidí inventarla.

Alguna vez escuché, no sé donde, que terminaba igual.

Tal vez la original, la primera, sea más interesante, más dramática, más profunda o incluso, una historia real. Seguramente sea de alguna época donde lo "digital" era el boca en boca.

Esta vez, se creó una historia para la frase, tratando de perpetuar ese vago recuerdo.

Gracias a ChatGPT, que me dió varias ideas.

Es un cuento corto, breve, como el tiempo que me llevó redactarlo.

Espero sea del agrado de la audiencia

Tanto nadar para morir en la orilla

Julián no tenía bote. Hacía rato que no tenía nada, en realidad.
Ni trabajo. Ni perro. Ni ganas.
Solo conservaba el rancho del viejo.
Y la costumbre de tomar mate en silencio, mirando el Paraná como si algún día le fuera a devolver lo que se llevó.

Había aprendido a odiar ese río.
Lo miraba como se mira a un traidor.
Pero nunca dejaba de mirarlo. Cada tarde, cada maldita tarde, se sentaba frente a él, como si esperara una señal. Como si en el rumor del agua se escondiera una respuesta.

Esa tarde, mientras el cielo se reventaba del lado correntino, Julián escuchó un par de aplausos secos desde la tranquera.

—*¡Don Julián!* —gritó una voz joven.

Era Francisco, el hijo del viejo Reinoso, que había sido cartero del pueblo durante más de treinta años.

Llegó jadeando, con el rostro colorado y el pelo pegado a la frente. La urgencia le pesaba en el cuerpo, aferrando un sobre a su pecho como si llevara algo sagrado.

—*Esto estaba en el galpón de mi viejo* —dijo, tratando de recobrar el aliento—. *No sé por qué quedó ahí. Capaz se traspapeló. Pero cuando vi el nombre... pensé que tenía que traértelo*.

Julián lo tomó sin decir palabra.

—*La mujer que lo dejó vino hace unos meses* —agregó Francisco, antes de dar media vuelta, como si supiera que lo demás no era asunto suyo

Julián no necesitó leer el nombre para saber de quién se trataba.

Lucía.

Se le heló el pecho antes de abrirlo.
Hacía cuatro años y un poco mas que se había ido.
Sin una palabra, sin un adiós, con un silencio que dolía más que cualquier pelea.

El día anterior imaginaban cómo sería llegar a viejos.
Al otro día ya no estaba.

Rasgó el sobre con dedos torpes.
Leyó.

"Julián, volví. No espero que me perdones, ni que me entiendas. Necesito que sepas algo, fuiste papá. Si, es tuyo. Tiene tus ojos. Se llama Simón. Me fui porque tuve miedo, no sabía que hacer. No paro de llorar todas las noches. Si me dejas, quiero volver a verte, estoy en la casa de mi abuela."

El mundo se le encogió de golpe.

Un hijo.
Habían tenido un hijo.
Pero ¿por qué se había ido? Julián no encontraba sentido. No podía entenderlo

Tanto tiempo, tanta angustia.
Podrían haber sido felices, pero no. Cuatro años de puro sufrimiento, confusión, nostalgia y amarguras.

No lloró. No gritó.
La esperanza y la ilusión de recuperar todo lo perdido le llenaron ese vacío en el alma.

Lucía estaba del otro lado del río.
El puente quedaba a cuarenta kilómetros.
No tenía caballos y mucho menos auto.
Y el río… el río rugía.

No había bote.
No había tiempo.
No podía pensar.

Se sacó la camisa, ató la carta al pecho con una campera, y se metió al agua.

La ultima vez que Julian cruzó el río a nado fue para salvar a Tobías, su perro, lo unico que le habia quedado de cuando se fue Lucia, y no pudo. Se lo llevó el destino también.

El cruce fue una condena.

La primera brazada en el agua fue como subirse a un potro desbocado. Una fuerza que no se puede frenar, que embiste sin mirar.

El frío lo mordió hasta los huesos. Sintió cómo el agua le arrancaba el aire, como si el río le dijera: *"Otra vez no, Julián. No esta vez."*

Pero siguió.

El barro le empezaba a cargar peso. Las ramas le arañaban las piernas. Una soga invisible parecía tirar de él hacia atrás.
Cada metro ganado era una negociación con la muerte.

Empezó a nadar con furia.
En cada brazada había un grito contenido. Cada zambullida era una cachetada al pasado.

Los músculos ardían. Las manos se entumecían.

La tormenta estalló sobre él.
Rayos lo iluminaban de a ratos.
No veía la otra orilla.
No sabía si nadaba en línea recta o en círculos.
Empezó a dudar.

El pensamiento apareció como un susurro.
Una grieta.
"¿Qué estoy haciendo?. Si esperé tanto, ¿por qué ahora?"

El río parecía entenderlo. Empezó a tragárselo más rápido.
Cada ola era un juicio.
Cada trago de agua, un castigo.

Empezó a arrepentirse.
A pensar que quizás era mejor hundirse ahí.
Sin hacer ruido.
Que el Paraná lo tape y se lo lleve de una buena vez.

"A fin de cuentas, no sabe si aún estoy aquí. Si sigo vivo siquiera, o me morí de tristeza — Puedo dejarme llevar y nunca sabrá que me pasó"

Pero entonces, entre el oleaje, recordó algo:
los ojos.
"Tenía sus ojos."

Y ahí fue cuando gritó.
Un grito largo, animal.
Nadó con lo que no tenía.
Ya no era fuerza.
Era desesperación pura.

Sintió que el cuerpo le dejaba de pertenecer.
Ya no sabía si avanzaba o si flotaba muerto.
Pero siguió.

Las lágrimas se mezclaban con el agua sucia.
Su corazón bombeaba odio, dolor, amor, todo junto.
El río le pedía que se rinda.
Y él, terco, seguía.

Y entonces… tocó fondo.

La planta del pie sintió el lodo.
La orilla.

Cayó de rodillas, temblando. El barro le cubría el cuerpo. Tosía. Escupía agua.
Pero estaba ahí.

Lo había logrado.

El pecho le dolía de tanto latir.
Pero por primera vez en años…
sentía que su vida volvía a cobrar sentido

"Estoy vivo", murmuró.
Miró el cielo, que se abría, apenas, como si lo felicitara.
La dulce voz de Lucia volvía desde sus recuerdos. El olor de su piel, el calor de su cuerpo. Sentia que volvía a abrazarla. Y a Simón, su hijo, teniendolo en sus brazos.
Y justo, cuando esbozó una sonrisa, **la sintió.**

Una presión breve en el tobillo.
Un pinchazo.
No dolor. Solo una advertencia.

Bajó la mirada.
Una yarará, casi invisible entre los pastos húmedos, desaparecía entre las piedras.

No gritó.
Solo respiró hondo.

El veneno ya corría.

Se dejó caer de espaldas, mirando el cielo.
Una lágrima bajó por su mejilla
La carta seguía en su pecho.
Lucía, esperándolo apenas a unos pasos de esa costa. Simón, con la ilusion de conocerlo.

Pero no iba a llegar.

Tanto nadar… para morir en la orilla.